

Albert BRODER, *Histoire économique de l'Espagne contemporaine*. Economica, París, 1998, 357 pp.

Esta obra es una introducción a la historia económica de España de los siglos XIX y XX, dirigida a un público que no tiene prácticamente ningún conocimiento sobre nuestro pasado económico. El propio autor lo manifiesta con rotundidad en el prefacio: para la ciudadanía gala en general, y para los estudiantes universitarios del vecino país en particular, España constituye un enigma. Según él, dos razones que explicarían ese desinterés o desatención son: la inexistencia de textos introductorios sobre la historia económica contemporánea española escritos en francés, y, en segundo lugar, la muy tardía llegada de España al núcleo de los países más desarrollados económicamente. Broder se ha propuesto cubrir el vacío con su libro concibiéndolo como un manual accesible a un público más amplio que el de los alumnos de estudios superiores en economía, esto es, estudiantes de carreras universitarias de las áreas de humanidades e historia, pero también profesores y estudiantes de lengua española en la enseñanza media y superior. El autor se ha marcado un objetivo ambicioso para colmar, o quizás despertar, la sed de saber de sus potenciales lectores: descifrarles cómo y por qué una economía atrasada de la periferia europea ha devenido, en pocos años, la octava potencia industrial del mundo.

Indudablemente, él es una de las personas más indicadas para acometer con éxito esta ardua tarea. En los últimos años ha concentrado sus energías y volcado su enorme sabiduría de historiador económico en la elaboración de manuales. Éste que ahora se reseña ha ido precedido, en un lapso de tiempo insólitamente breve, de otros dos, el primero de ellos sobre la historia económica de Francia en el siglo XIX, y el segundo, escrito en colaboración con F. Mauro, relativo a la historia de la economía mundial desde 1950 hasta nuestros días. Si añadimos que en tiempos más lejanos ya había cultivado el género de los textos introductorios del mismo campo no resultará exagerado que afirmemos que pocos especialistas en historia económica conocen y dominan tan bien como Broder el enfoque y las técnicas de estilo apropiados para un texto de estas características. Por otra parte, y como es sobradamente conocido, reúne además la cualidad de ser un activo e incansable investigador de nuestra historia económica contemporánea. Esto tiene más valor de lo que suele concederse, pues significa que su mirada sobre la misma no se nutre únicamente de lo que la historiografía ha desvelado, sino también de una extensa aproximación de primera mano a dicha realidad histórica.

La obra está vertebrada cronológicamente. Discernir la lógica de esta opción nos ayuda a comprender el carácter de aquella. Como es natural, una razón de peso radica en el perfil del lector. El único modo de evitar que éste ande sin rumbo es que pueda aferrarse en todo momento al hilo temporal. Pero en la decisión del autor de apostar por un esquema cronológico nítido ha influido más su concepción de cuáles son las causas más profundas

que determinan el devenir histórico de un país. En la introducción del libro hace una reveladora declaración de principios: el pasado económico no puede entenderse desligado de la evolución política, o, expresado de forma más provocativa, la cliometría no tiene verdadera capacidad explicativa. Por consiguiente, la historia política —y, en dependencia de ella, las finanzas públicas y la política económica— es la clave última de la sucesión de alternativas y etapas del crecimiento español contemporáneo.

Ajustándose al anterior planteamiento, el libro se divide en cuatro partes. Cada una de ellas comprende uno de los cuatro grandes periodos que, según Broder, permiten organizar la síntesis de la historia de nuestra economía desde la crisis del Antiguo Régimen; a saber: 1780-1850; 1849(sic)-1935; 1936-1958; 1959-1996. El espacio dedicado a cada uno de ellos es dispar, y el autor nos advierte que esto traduce precisamente su importancia relativa. De modo que es útil señalar que su longitud es, respectivamente, de 50, 103, 33 y 74 páginas. A cada uno de estos largos periodos se dedican diversos capítulos más una conclusión, que, en esencia, se estructuran en función de una subdivisión cronológica. Así, en la primera parte, referente al «Antiguo Régimen prolongado», se separa la época anterior a 1814 de la posterior. La segunda mitad del siglo XIX «largo» (1849 —ó 1850, eso no queda claro—/1935) se desagrega en tres partes, tomando como divisorias los años 1874 y 1914. El ventenio de «crisis de la nación» (1936-1958) se divide en dos mitades, delimitadas por el año 1945. El último gran periodo se fracciona en cuatro etapas: 1959-1964, 1964-1974, 1974-1986 y 1986-1996. Completado el recorrido histórico, el libro ofrece una quinta parte, que, en buena medida, puede leerse con independencia del cuerpo del mismo, pues en ella se abordan, con afán polemizador, tres temas que han sido objeto de controversia historiográfica —población y economía; la llamada cuestión «nacional» (el entrecomillado es del autor) en la economía española; y el papel de la inversión extranjera en el crecimiento económico—. Finalmente, la obra se cierra con una conclusión general y una guía de fuentes e instrumentos de investigación y una bibliografía seleccionada y comentada.

Esta periodización es, en general, aceptable, y, de hecho, goza de amplia aceptación. La mayoría de los cortes temporales están bien establecidos y admitidos desde hace tiempo por la historiografía económica —también la política, a la que el autor atiende—, como los de los años años 1814, 1914, 1936, 1959, 1974 y 1986. Otros son novedosos pero razonables, como los de 1780 ó 1964. Es menos evidente que el año 1945 delimite dos etapas dentro del periodo 1936-1958 —¿y por qué no 1939, 1949 ó 1953?—. No lo es en absoluto 1850 y 1874. Llevar la era del «Antiguo Régimen prolongado» hasta la primera fecha no tiene mucho sentido. Broder da a entender que la economía española no se rehizo del tremendo golpe que representó la pérdida del Imperio y la ruina de la Hacienda hasta que en la década de 1840 surgió, por parte de las potencias industriales, una demanda de los recursos minerales que atesoraba el país. Pero, aunque aceptásemos esta idea, la opción de 1840 sería claramente mejor que la de 1850, pues permitiría incorporar con naturalidad al segundo gran periodo la explicación del cambio institucional. Tomando la segunda fecha el autor se ve obligado a contar la reforma agraria liberal en la parte de 1780-1850, lo cual es una contradicción en los términos. Es más, al tratar los inicios de la industria moderna —la algodonera catalana— no le queda más remedio al autor que hacer

caso omiso de su propio corte temporal. Por otro lado, la divisoria de 1874 es demasiado deudora de la política, y poco defendible desde el punto de vista de la historia económica, sobre todo no introduciéndose otra partición en la segunda mitad «larga» del siglo XIX.

Cualquier síntesis de historia económica necesariamente debe combinar, en alguna proporción, la aproximación sectorial o temática y la aproximación cronológica. A lo largo de los dieciséis capítulos en que el autor da cuenta de la historia económica de la España contemporánea, rehuye la opción de seguir una aproximación sectorial o temática rígida a partir del armazón cronológico que traba el texto. Es cierto que nunca falta un apartado, o incluso un capítulo, en que se nos inserta en el contexto internacional de la época, y que algunos sectores básicos —agricultura, industria, comercio exterior, hacienda— son ingredientes fijos. Pero se describe y analiza su evolución desde un ángulo algo distinto en cada periodo y subperiodo. En este sentido, los epígrafes de los capítulos y sus apartados resultan esclarecedores, ya que denotan con claridad dónde se pone el acento. Bastará poner algunos ejemplos: «En el centro de la crisis: las finanzas públicas», «Una inversión ferroviaria necesaria pero inadaptada», «Empresas pero no industrias», «Una riqueza sobrevalorada: los recursos mineros». Cabe decir que esa adjetivación tan intencionada se diluye en las dos últimas partes y es sustituida por unos enunciados de carácter neutro.

En un texto de esta naturaleza tan importante es lo que se cuenta cuanto cómo se cuenta. En algunos sentidos, ambos aspectos son indistinguibles, pero no en todos. En lo que respecta al segundo de ellos, algunos de los rasgos que distinguen un buen manual son, qué duda cabe, la claridad expositiva, la amenidad de su lectura, las dosis tasadas de erudición y un despliegue y uso adecuados de los datos cuantitativos presentados en forma de cuadros, gráficos, figuras o mapas. En lo que se refiere a las cuestiones estilísticas, el libro supera airoso un examen severo. Por el estilo narrativo, casi siempre ligero, a veces brillante, cabe calificarlo de una buena pieza literaria. Solamente en muy raras ocasiones el discurso alcanza una excesiva densidad descriptiva y analítica. Esto ocurre en aquellos pasajes en que el ilustre hispanista se ocupa de cuestiones (el ferrocarril, la hacienda) en las que, por ser un reputado experto no resiste suficientemente la tentación de volcar sus conocimientos en prolijos desarrollos eruditos y notas a pie de página. Pero lo que domina ampliamente es el enunciado claro, la descripción ágil y el buen tono didáctico. La pericia manualística del autor consigue evitar que el lector no especialista sucumba en algún momento al aburrimiento o a la desazón que producen las exposiciones confusas o abstrusas.

Una de las mayores virtudes del libro es que contiene una gran cantidad de material estadístico. A pesar de que el autor da repetidas muestras de desconfianza y escepticismo hacia el enfoque que él llama «econométrico», lo cierto es que hace un uso muy generoso de datos cuantitativos. Se presentan de forma sistemática en cuadros, elevándose su número nada menos que a ciento veintisiete. Es un acierto que lo haga así incluso cuando son escasos los datos contenidos. La lectura del texto se hace más fácil y gana mucho en claridad. No obstante, el autor comete algunas incorrecciones en la selección y empleo de la masa cuantitativa. En primer lugar, nunca presenta series temporales continuas (anuales), lo cual impone una innecesaria limitación a la comprensión de la evolución coyuntural —a la que suele prestar especial importancia el autor—. Además, en algún caso traslada las controversias historiográficas a los cuadros. La exhibición de cifras dispares

sobre un mismo fenómeno no puede sino generar confusión e incredulidad en el lector poco avisado. Por otra parte, en bastantes ocasiones en el texto no se hace la más mínima referencia explícita a la información recogida en los cuadros.

Así pues, la obra tiene, con algunas imperfecciones menores, algunas de las cualidades que resultan esenciales en un texto introductorio de alta divulgación. Digamos que reúne, y sobradamente en grado, aquéllas que son indispensables para alcanzar la primera meta que se fijó el autor: el acceso a un público universitario más amplio que el de los estudiantes de las licenciaturas de historia y economía. Lo que hemos de preguntarnos es si satisface igualmente bien el objetivo más ambicioso. ¿Abre los arcanos de la historia de la economía española, desvelando al lego el misterio de las causas y las vías del desarrollo de la misma? En mi opinión, el libro proporciona un esquema interpretativo coherente —aunque discutible— de las causas del atraso económico español. En cambio, no aclara cómo y por qué se produjo finalmente el crecimiento económico acelerado.

En este sentido, a mi entender, la insuficiencia más grave de la obra reside en que no ofrece una visión global de los cambios estructurales. Varios factores motivan este déficit. El primero de ellos es el enfoque cronológico-temático al que se ciñe el autor. Es muy difícil advertir el verdadero alcance de las transformaciones si no se contempla la evolución de la economía en una perspectiva de largo plazo. Desde luego, esta visión está asegurada cuando se consideran periodos que abarcan varias décadas, o incluso medio siglo o más. No es nada seguro que lo esté cuando estos tiempos largos se desmenuzan en periodos mucho más cortos (1939-45, 1959-64, 1986-96, etc.). Y se oscurece definitivamente esa visión si no se facilita un retrato de la evolución macroeconómica, de las grandes tendencias de los agregados económicos. Con ello comete, a mi juicio, un error, puesto que aunque admitiésemos que las reconstrucciones de contabilidad nacional no explican nada por sí mismas, seguiría siendo cierto que constituyen el medio más directo y potente de reconocimiento de los cambios fundamentales que van asociados al crecimiento económico.

El esquema cronológico-sectorial acaba creando otros problemas. Uno de ellos es el de la repetición. Dado el planteamiento de la obra, se trata de un problema sin solución posible hasta un cierto punto. Si los apuros de las finanzas públicas han sido un mal endémico, y a la vez un pesado lastre para la economía española, no hay más remedio que prestar atención a esa cuestión en cada capítulo (periodo), por más que ya haya sido analizada en los capítulos precedentes. Lógicamente, las reiteraciones minan el valor didáctico del libro, aunque a este respecto debe señalarse que el *savoir faire* literario de Broder salva al lector de caer en el hastío. El problema es que los tratamientos redundantes de ciertos temas pueden acabar teniendo el efecto de desordenar y oscurecer el diagnóstico. Como simple botón de muestra puede traerse a colación la crisis de la agricultura tradicional y la modernización del sector ocurrida en las décadas de 1950 y 1960. Se aborda tan importante cuestión en tres partes distintas de la obra, sin que el lector pueda hacerse una idea cabal de las características principales del proceso y de las fuerzas que lo impulsaron. En términos generales, la síntesis del último medio siglo está poco estructurada y resulta bastante confusa, lo cual puede atribuirse, al menos en parte, al esquema cronológico-temático del que se ha valido el autor. Es una lástima que así sea, porque, habiendo tenido lugar entonces los cambios estructurales más sustanciales, el lector es incapaz de comprender la

modernización de nuestra economía. Lo agrava un poco más la insuficiente atención —en términos relativos y absolutos— prestada a temas y aspectos trascendentales. Resulta paradójico que, no habiéndose librado de la trampa de la repetición, incurra en la falta de las omisiones. Claro es que una obra de esta naturaleza no puede, y sobre todo no debe, tener un carácter enciclopédico. Pero ciertas lagunas son inexcusables. Por ejemplo, el autor regeatea, de manera inexplicable, entre otras, referencias al INI o a la banca durante el primer franquismo, examina a toda prisa asuntos de tanta enjundia como el gran salto industrializador de 1960-1973, y no dice ni una palabra sobre otros que no le van a la zaga, como las lacras de la autarquía (cupos, licencias, mercado negro) o la reconversión industrial.

En las páginas de *Histoire Économique* subyace una interpretación del retraso económico español, que podría resumirse del siguiente modo. El desarrollo económico emana de la industrialización, y ésta consiste en una lucha despiadada entre los países, cuyas armas son la innovación tecnológica y el control de los mercados. España estaba mal situada en el punto de partida, en parte por su posición geográfica absolutamente excéntrica respecto a los grandes ejes de transportes y comunicaciones de Europa —una idea importante, en la que Broder no profundiza—, y, en parte, por los desastrosos avatares políticos y financieros que sucedieron a la pérdida del Imperio y la liquidación del Antiguo Régimen. En contra de lo que defienden los autores adscritos a la Nueva Historia Económica, la liberalización comercial y las facilidades otorgadas al capital extranjero no fueron agentes promotores del crecimiento económico. Broder sostiene con gran energía que la débil industria española no habría podido adaptarse al libre comercio, y, lo que es más, las naciones seguidoras de Gran Bretaña se convirtieron en potencias industriales valiéndose del proteccionismo comercial. España tendió a seguir la misma estrategia, y si le rindió menores frutos (y más tardíos) fue tanto por los mencionados condicionantes de partida, como por las limitaciones de la demanda interior.

No es éste el lugar indicado para discutir esta interpretación. En una reseña, la glosa debe prevalecer ante los argumentos de debate. En este sentido, hay que señalar que el valor más destacado del libro —cuando menos en relación a los otros de su género— es el permanente afán contextualizador. El autor ha contado con un impresionante bagaje de conocimientos sobre la historia económica británica, alemana, italiana, belga y, naturalmente, francesa. De modo que debe reconocérsele el mérito de haber situado la política económica adoptada por los diversos gobiernos españoles en el contexto de su tiempo. Por supuesto, esto no significa que sean irrefutables sus valoraciones sobre el signo de la política comercial de los estados vecinos. Éste es un terreno aún abierto al debate. Pero la obra de Broder supone una saludable vacuna contra las interpretaciones excesivamente apriorísticas e ingenuas que han defendido a menudo los historiadores partidarios de la teoría neoclásica. Dicho esto, hay que añadir a continuación que algunas de las ideas centrales en el esquema interpretativo de Broder son discutibles tanto desde un punto de vista teórico como empírico, eso es, histórico. Su visión esencialmente negativa de la inversión exterior o de los efectos estáticos y dinámicos del comercio exterior en función del grado de desarrollo económico —de acuerdo con su concepción, los efectos serían sólo importantes para las economías avanzadas— son difícilmente sostenibles. Entre otras muchas objeciones, uno puede aducir que con esas ideas el crecimiento económico español de las

últimas cuatro décadas resultaría algo muy misterioso, justamente lo contrario de lo que pretendía esta síntesis.

XAVIER TAFUNELL